

# La voz del delator\*

MARIO BERNARDO FIGUEROA MUÑOZ\*\*

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá.



## La voz del delator

### Resumen

La palabra del delator es degradada: deja de constituir un mensaje en el que se articula el deseo del sujeto para quedar convertida en objeto. El delator, reducido a pura voz, es instrumentalizado para completar al Otro. La voz es causa en el imperativo al heroísmo, a la obediencia. Aquello del cuerpo que debe ser sacrificado para que el lenguaje opere en el sujeto, es recuperado en la delación. A estos planteamientos se llega a partir del análisis del material de divulgación de una campaña para fomentar la denuncia entre los ciudadanos, realizada en Bogotá en 2003, y de la observación de un episodio reciente en un programa de pago de recompensas establecido por el gobierno colombiano.

**Palabras clave:** delator, delación, voz, significante, significación.

## The voice of the informer

### Abstract

The word of the denouncer informer is degraded: it stops being a message in which the desire of the subject is articulated in order to become an object. Reduced to pure voice, the informer is instrumentalized in order to complete the Other. The voice is cause in the imperative to heroism, to obedience. That which must be sacrificed in the body in order for the language to work on the subject is recovered in the denunciation. These arguments derive from the analysis of the material used to promote a campaign which encouraged citizens to denouncing, taken place in Bogotá in the year 2003, and from the observation of a recent episode of a program of reward payment established by the Colombian government.

**Keywords:** informer, denunciation, voice, signifier, signification.

## La voix du délateur

### Résumé

La parole du délateur est rabaisée pour en devenir un objet: elle ne constitue plus un message où le désir d'un sujet s'articule. Le délateur, réduit à n'être que pure voix, est instrumentalisé pour compléter l'Autre. L'impératif à l'héroïsme et à l'obéissance en a la voix pour cause. La délation récupère ce qui du corps doit être sacrifié pour que le langage opère dans le sujet. Ce sont l'analyse du matériel d'information d'une campagne qui visait à fomenter la dénonce entre les citoyens, implémentée à Bogotá en 2003, et l'observation d'un événement récent dans un programme de récompenses établi par le gouvernement de Colombie qui permettent d'énoncer ces affirmations.

**Mots-clés:** délateur, délation, voix, signifiant, signification.

\* Texto inscrito dentro de la investigación "Conceptualización psicoanalítica en la reflexión sobre problemas contemporáneos en el vínculo social. Una aproximación a la divulgación de la campaña de *croactividad*", Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2007.

\*\* e-mail: mbfigueroam@unal.edu.co

Con mucha frecuencia utilizamos los nombres de las voces de los animales, o directas alusiones a estos, para referirnos a la manera como alguien habla. Así, pronto aparece un desfile integrado por las más diversas especies: este “habla como un loro mojado”, no se calla y prorrumpe con tanta animosidad que su discurso se pierde en medio de la cantidad de expresiones; aquel “rebuzna”, en lo que profiere no hace pasar un sentido con mínima coherencia, dice burradas; “grazna” quien habla o canta tan feo que sus emisiones parecen herir nuestros oídos; “se queja más que un costalado de pollos” el que, por cantidad e intensidad, ya no permite que se sepa al fin de cuentas lo que quiere; “ladra” quien se deja llevar por la desproporción de su rabia haciéndola primar sobre sus palabras.

No hay que afinar mucho la escucha para concluir que cuando calificamos nuestras expresiones con estos términos que nombran los sonidos animales, queremos señalar que hay una pérdida de la significación de lo que se dice, e incluso, a veces, del sentido.

Señalamos así la deficiencia de saber, de coherencia y de sentido en los rebuznos de tal o cual; la cacofonía del que grazna es tanta, que hace perder el significado de sus palabras, algo similar ocurre con los ladridos, pero en este caso la pérdida se le debe a la cólera, como al parloteo, en el caso del loro. Es decir, con estas expresiones lo que hacemos es simplemente señalar la emergencia del imperio de la voz.

### **PERDER LA VOZ PARA PODER HABLAR**

Este particular objeto de la pulsión se caracteriza justamente por el hecho de que, a pesar de ser soporte de la palabra, lo es al precio de perderse, de borrarse tras la discontinuidad del significante y tras el predominio de la significación<sup>1</sup>. Todo lo que, en la palabra, no está del lado de la significación corresponde a la voz que debe ausentarse para hacer escuchar el mensaje. De ella solo debe permanecer apenas lo necesario para dar el soporte a cada palabra con el fin de que esta se articule con otras y se anude, momentáneamente, una significación. Pero si hay un exceso de voz, si en el lugar del código —que llamamos Otro—, no se preserva un vacío, si llenándolo encontramos la cacofonía, los fascinantes gritos de la diva, la música de los ángeles,

1. Jacques-Alain Miller define la voz como “todo aquello que siendo del significante no participa del efecto de significación”. Jacques-Alain Miller, “Jacques Lacan y la voz”, en *La voz* (Buenos Aires: EOL, 1997), 14.

el canto de las sirenas, la voz de la conciencia —que en ocasiones puede llegar a tormentosas estridencias—, los gruñidos y el vozarrón del diablo, o su vocecilla ladina y seductora, o cualquiera de las múltiples formas que puede adquirir la voz, si este vacío es colmado, la significación será la que resulte sacrificada.

La voz comparte entonces el carácter estructural del objeto en psicoanálisis: está radicalmente perdido, y como tal, es causa del deseo. Estamos obligados a perder la voz para que nuestro mensaje se constituya al portar el deseo —que en principio bien puede ser deseo de esa voz perdida— y, en consecuencia, se pueda dirigir al Otro y a los otros. De no sacrificarse la voz, se sacrificaría no solo el mensaje o la significación, sino también el sujeto que habla. Por eso cuando la voz, en cualquiera de sus múltiples formas: estridentes o susurrantes, silenciosas, atronadoras o sibilantes, seductoras, generadoras de pasmos y de éxtasis o productoras de horror, no opera como perdida, sino que se manifiesta masivamente, ya no podemos oír al sujeto, quien a su vez ya no escucha nada distinto de ella: es él quien se pierde.

Es indispensable señalar el fuerte amarre del sujeto a este objeto, incluso y sobre todo, como perdido. De donde también, como consecuencia lógica, resulta la radical enajenación del sujeto cuando, volviendo por sus fueros, el objeto se manifiesta, se hace real. Parte de la importancia de este objeto, proporcional quizás a la poca atención que le prestamos, radica en el hecho de que entre todas las renunciaciones que la cultura impone al sujeto para que advenga como tal, esta es la única indispensable para que pueda adquirir el sello, la marca que caracteriza a los humanos: somos seres hablantes. Sin esta pérdida no hay hablantes. Y esto es así incluso en el caso de los sordomudos: su lenguaje de señas, bien sea el claramente codificado o el espontáneo, no es posible sino cuando se pierde la voz, entendida aquí no solo en su dimensión de emisión sonora, sino también en sus otras manifestaciones: los gestos, los movimientos corporales, bien sean disciplinados (como los implicados en la danza, en los desfiles festivos o en las paradas militares), o turbulentos, compulsivos y hasta paroxísticos.

Si los cuerpos permanecen tomados por la voz, es decir, si no se aquietan, si no pierden todo lo que impida que tal o cual movimiento deje de ser puro y simple movimiento para ser algo que dé paso a una expresión de lenguaje, faltará la dimensión esencial del humano. Al respecto Michel Poizat señala cómo el gesto participa de la voz, y la define como toda aquella parte del cuerpo “sacrificada en el lenguaje”<sup>2</sup>. Insistamos entonces: el humano debe renunciar a algo del viviente para lograr asumir el lenguaje, y ese resto desprendido del cuerpo es la voz.

Así entonces, lo que señalamos cuando utilizamos la referencia a los sonidos animales para calificar la forma como alguien profiere sus palabras, es la preeminencia



2. Michel Poizat, *Vox populi, vox Dei. Voz y poder* (Buenos Aires: Nueva Visión, 2003), 220.

de ese lado, no tanto animal, sino viviente puro, despojado del *logos*, de la palabra, es decir, indicamos que aquel que así “habla” ya no habla, sino que está sometido a los poderes de la voz.

### EL SAPO

A la lista ya anotada es necesario sumar ahora otra especie: el sapo. En Colombia, como en otros países de América Latina, el término ‘sapo’<sup>3</sup> ha tenido el destino de servir para denominar al lambón, al delator, al soplón, al chivato, a aquel que se dedica a “cantar”, acción definida por el *Diccionario de la lengua española* no solo como “Formar con la voz sonidos melodiosos y variados”, sino también como “Descubrir o confesar lo secreto”, “poner en evidencia”<sup>4</sup>. Entonces, el asunto es claro a partir de las definiciones: en la delación es de la voz de lo que se trata. Sin embargo, estas no son nuestro único apoyo para demostrarlo.

No resulta tan obvio, como sí ocurre en los casos de las otras voces animales, que cuando habla el *sapo*, cuando delata, nos enfrentemos a una pérdida de la significación y de la palabra. Ciertamente, cuando del *sapo* se trata, no se subraya con este término ni la disminución de saber ni el predominio de la estridencia, de la reiteración o de cualquiera otra de las principales cualidades que comúnmente dan cuenta de la primacía de la voz y de la derrota de la significación. Al contrario, se dirá en cambio que mientras más claro, mientras más libre de ruido hable el *sapo*, más lo comprenderá quien recibe su denuncia, y que esta constituye un mensaje. Nuestro planteamiento, en cambio, es que en este caso la voz invade con inusitada fuerza. Veámoslo con mayor detenimiento y apoyados en un material muy particular.

### CROACTIVO, CROACTIVIDAD

A partir del 11 de septiembre del 2001 asistimos al auge de lo que se ha dado en llamar “la amenaza terrorista”. Si bien ha tenido dimensiones planetarias, alcanzó proporciones aún mayores en Colombia; país donde un conflicto armado que lleva décadas, quedó subsumido en esta nueva forma de concebir muchas de las expresiones violentas del malestar de nuestra época. En este contexto, frente al alarmante aumento de los atentados de los grupos guerrilleros y las masacres de los paramilitares, de los actos atroces del narcotráfico y de la delincuencia común, así como de la corrupción, fueron lanzadas diferentes estrategias desde distintas instancias gubernamentales: la Política de Defensa y Seguridad Democrática de la Presidencia de la República y el Ministerio de Defensa Nacional<sup>5</sup>, uno de cuyos ejes es el Programa de Informantes y el

3. Según el *Nuevo diccionario de colombianismos*, “sapo, [...] coloquial despectivo. Persona que acusa o delata [...] Ejemplo: chivato, soplón, acusetas, lambiscón, lambón”. Günther Haensch & Werner Reinhold, “Nuevo diccionario de colombianismos”, en *Nuevo diccionario de americanismos*, t. I (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1993), 367.
4. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, 21.ª ed. (Madrid: Espasa Calpe, 1992), 390.
5. Aunque fue oficialmente presentada el 16 de junio del 2003, algunos de sus programas, como el de informantes o cooperantes y el de recompensas habían comenzado ya en los últimos meses de 2002. Esta política aún está vigente. Cfr. Presidencia de la República & Ministerio de Defensa Nacional, “Política de defensa y seguridad democrática”, (2003), [http://alpha.mindefensa.gov.co/dayTemplates/images/seguridad\\_democratica.pdf](http://alpha.mindefensa.gov.co/dayTemplates/images/seguridad_democratica.pdf) (consultado mayo 31, 2008).

Sistema de Recompensas, que consiste en el pago de cuantiosas sumas de dinero a quienes brinden a las autoridades información conducente a detener a los miembros de los grupos armados ilegales o a impedir sus actos. De otro lado, la campaña de *Croactividad*<sup>6</sup>, lanzada por el entonces Alcalde Mayor de la ciudad de Bogotá, Antanas Mockus, surgió en medio de una controversia con el Programa de los Informantes: ante las imágenes publicitarias que mostraban en los televisores a delatores encapuchados recibiendo fuertes sumas de dinero, el Alcalde planteó críticas a esta forma de obtener la información, argumentando que colaborar con las autoridades es un deber ciudadano, y que por lo tanto, este acto no debía estar alimentado por recompensas, sino que se debía apelar a la responsabilidad del ciudadano en la búsqueda del bien común. Para tal efecto, organizó la campaña de *croactividad*, término que creó a partir de otro neologismo: *el croactivo*. Detengámonos primero en esta campaña para luego plantear algunas consideraciones sobre el Programa de Informantes y el Sistema de Recompensas.

Examinemos las dos palabras: *croactivo*, *croactividad*: su tono se nos antoja infantil, y no sin razón, pues su construcción evoca aquellos vocablos que utilizan los bebés cuando comienzan a asumir el habla, y apelan al *gau* para nombrar al perro, o al *miau* para el gato; ello con la complicidad y participación de los adultos. Si bien ya implican una clara inmersión en el lenguaje, expresan también el intento de conservar algo del objeto en la palabra; como si con estos enunciados opusieran resistencia —de manera fallida en todo caso—, a la célebre expresión hegeliana de que la palabra es la muerte de la cosa. Algo de ella quiere ser preservado en estas primeras palabras, y no por azar es invariablemente la voz. Estas expresiones que nombran los gritos de los animales tienen características que las aproximan a la onomatopeya. Michel Poizat indica que el nombre de un grito “solo puede ser onomatopéyico. Ajeno a la articulación y a la significación lenguajera, el grito no puede sino nombrarse por sí mismo”<sup>7</sup>, con lo cual, agreguemos, cobra independencia frente al resto de las palabras: se aísla de la cadena. Estos términos parecen no comportarse como el significante común y corriente, el cual, para significar algo, siempre está obligado a articularse con otro significante. En el caso de estos vocablos ‘gau’, ‘miau’, etc., el significado pareciera estar contenido en el significante, como si existiera una soldadura entre los



6. Esta campaña operó de mayo a diciembre del 2003, fecha en que terminó el periodo del alcalde Antanas Mockus.

dos. Incluso la misma palabra ‘grito’, “procedente del latín *quiritare*, también se basa en una onomatopeya”<sup>8</sup>; es decir, en la onomatopeya se trata de conservar la voz.

Aplicado esto a nuestro asunto, podemos plantear que si el *croac* es el grito del *sapo*, y es esto lo que lo hace *croactivo*, hay en ello, entonces, una especie de autonomía, de autorreferencia, y ese referente único del *sapo*, es la voz; el *croac* es la fuente única de su constitución, *él es el objeto*.

## PALABRA Y GOCE

Si por efecto de la Ley —siempre de lenguaje— el objeto se pierde radicalmente y la palabra que lo nombra no hace más que nombrar su ausencia, porque en ella ya nada de él está presente, por efecto de la campaña, muy al contrario, se buscó negar esa pérdida y recuperar al objeto: que la esencia del *sapo*, su *croac*, se mantuviera intacta, degradando su palabra a mera voz.

A diferencia de estos términos de origen onomatopéyico, el significante en cuanto tal no significa nada, y solo a *posteriori*, por el enlace con otros significantes, puede retroactivamente significar algo dependiendo siempre del lugar que ocupe en la cadena de los otros significantes. Esta característica tiene sus mayores efectos en el sujeto. Es esta falta de unión definitiva entre significante y significado, la tajante separación entre uno y otro, la que le permite al sujeto una existencia, la posibilidad de articular su deseo, constituyendo un mensaje, y al tiempo introducir diferentes lecturas, su lectura. Si la barrera entre significante y significado se diluyera en una soldadura, el sujeto no podría relativizar ninguna significación y, en consecuencia, no habría espacio para la creación, ni para ver otra cara de las cosas, ni para las metáforas, ni para el malentendido o para el chiste, que juega con el doble sentido o con el sinsentido, ni para la fantasía... En últimas, no habría lugar para el sujeto del inconsciente, que siempre está escapando de la petrificación en un único sentido, so pena de pagarlo con serios malestares.

Entonces, no solamente existe un insalvable abismo entre el objeto y la palabra, sino que también hay una barrera entre significante y significado. Una serie de sonidos articulados, una palabra, puede resultarnos enigmática y no atinamos a atribuirle un significado a este significante sino hasta escuchar el final de la frase, luego de oír los otros significantes de la cadena<sup>9</sup>. Con frecuencia descubrimos también que debemos renunciar al significado que inicialmente le habíamos atribuido a un término, porque al escuchar otros más adelante, un nuevo significado viene a anudarse a él, distinto del que supusimos en primera instancia, y podemos entonces sorprendernos y hasta alegrarnos de este descubrimiento.



7. Michel Poizat, *óp. cit.*, 24.

8. *Ibíd.*

9. Es lo que hacemos cuando alguien que está leyendo nos pregunta: “¿qué quiere decir tal término?” y le respondemos: “no sé, ¿dónde lo encontró?, léame la frase o el párrafo completo” y de esta manera podemos, con frecuencia, suponer o afirmar qué significa esa expresión.

El carácter móvil y evanescente del lazo entre significante y significado nos permite relativizar el descomunal y mortífero poder del lenguaje cuando es tomado por la voz. En estos casos las palabras pierden su plasticidad, se petrifican y cargan con todo su peso al sujeto, amenazan con colmar su falta y la del Otro, dejan entonces de operar como palabra y adquieren la dimensión de voz. Es lo que sucede, por ejemplo, en el caso de la injuria. Su violencia reside en el hecho de que la división entre significante y significado desaparece: “¡eso quiere decir eso... y punto!”, no puede querer decir otra cosa, no puedo relativizar su significado, no cabe aquí un “¿qué me querría decir?”, y quedo reducido a eso, puro objeto que llena el vacío, siempre indispensable para que opere el lenguaje.

Llenar ese vacío es apuntar al ser del sujeto, destituyéndolo. Se trata de un exceso, muy claro en la obscenidad del insulto. Sometidos a él, experimentamos la presencia descomunal de la libido que ya no actúa para producir placer, sino que por excesiva, genera sufrimiento; es lo que Freud llamó “más allá del principio del placer” y Lacan, a su turno, bautizó goce. La ley del lenguaje trata de mantener su campo deshabitado de goce, de salvaguardar ese vacío.

Si la injuria nos atormenta tanto, no es solo porque en ella se suelden significante y significado o porque quedemos sometidos al poder absoluto de una única significación, sino porque todo esto tiene una causa más radical: la invasión de goce. Es ella la que elimina esa barrera y, al tiempo, desborda al sujeto... Es la invasión de la voz. La intromisión del goce estalla al lenguaje y objetiva al sujeto. Guardadas las proporciones, el *gatau* del niño no quiere renunciar al goce gutural que hay en él y se resiste a tener que utilizar un término como p-e-r-r-o, en el que ni este goce, ni nada del perro están ya presentes.

Algo similar a lo que ocurre en la injuria sucede con el santo y seña; también en este caso la palabra pierde su carácter: los términos que lo constituyen no pueden recibir ninguna lectura distinta, ninguna interpretación diferente, no admiten discusión: eso solo quiere decir eso. Si lo olvido, o si me equivoco al decirlo, no puedo satisfacer a quien me lo exige buscando otros términos similares que quieran decir más o menos lo mismo; él no admitiría explicaciones o disculpas, palabras que en una cadena tratarían de decir, de otras maneras, lo que se supondría que me identificaría como el portador del santo y seña olvidado. Si no lo “digo”, mi vida está en riesgo. Lo curioso es que, también, si lo digo, la vida está perdida, por lo menos la vida del sujeto como tal: es posible que salve el pellejo, pero al precio de ser destituido como sujeto, porque en el instante de decirlo, o de olvidarlo, no importa el sujeto que yo sea, ni mi historia, ni mi deseo, ni, en últimas quién sea yo. De nada sirve ponerme a explicar mi vida, ni las razones que me atan al grupo que se identifica con ese santo y seña... No importa



nada: la digo o no, y en ese momento soy únicamente eso, lo que digo, pero un eso que, paradójicamente, al no querer decir sino única y exclusivamente eso, elimina la gran virtud de la palabra: ella solo *quiere decir*, pero solo “quiere”; porta un deseo que se medio expresa en ella. Por diciendo que sea, y siempre lo es, la palabra no *dice* de manera absoluta. En el santo y seña, como en la injuria, la palabra se desintegra porque es palabra que tiene el imperativo de *decir* de manera absoluta, imperativo de goce, exceso mortífero. Por eso no es casual que en estos casos la cuestión sea “de vida o muerte”.

### LLENAR EL VACÍO DEL OTRO

Volviendo a la campaña, podemos entonces notar que en esa forma de construcción del *croactivo* hay una trasgresión, y esta es solidaria de la demanda de quien aquí tomó la figura del Otro: el Alcalde o la Alcaldía, que introdujo un nuevo término en el interior del código, lo cual en sí mismo no sería problemático si no fuera porque, al hacerlo, se introdujo también una alta dosis de goce que, podemos suponer, tuvo efectos sobre el sujeto y sobre el lazo social, sometidos uno y otro al imperativo de mirar, escuchar y delatar para “salvar vidas”.

Si al comienzo decíamos que la voz, aunque es soporte del significante debe perderse para que este opere como tal, es necesario recordar que la pérdida no solo se exige del lado del sujeto, sino también del lado del Otro; en él debe salvaguardarse un vacío, condición necesaria para que la palabra pueda operar<sup>10</sup>. En el caso que nos concierne, se pretendió llenar el vacío con el goce de la voz del *sapo*, lo cual redujo toda la emisión de este, no solamente sus enunciados, sino también su enunciación, a la condición de *croac* y *croar*, respectivamente. Se buscaba que el sujeto quedara sometido a la demanda del Otro, estableciendo una continuidad sin pérdida entre la demanda del Alcalde, la delación del *croactivo* y lo delatado.

Subrayémoslo: es la voz del *sapo*, su *croac*, en otros términos, el objeto de la pulsión, lo que el Otro demanda. En la medida en que él no pierde la voz y lo que entrega se reduce a lo que el Otro le pide, entonces, queda reducido él mismo a objeto; un objeto del cual el Otro goza. Lo expresaban gráficamente las imágenes que promovían la campaña: la boca descomunadamente abierta de dos adolescentes en sendos afiches, como gritando, coincidía con el lugar vacío de la letra ‘o’ que faltaba en la palabra CR \_ ACTIVIDAD: SU VOZ está para completar la campaña de *croactividad*. El mismo sentido fue sugerido por las imágenes de noticieros y diarios en las que el Alcalde aparecía adornado por sapos de peluche colgados al cuello; con ellos se pretendía colmar al Otro, los sapos estaban sometidos a su manipulación.

10. “Planteemos, entonces, la cuestión de la pertenencia de ese objeto que resuena: ¿pertenece a quien lo ha dejado o a quien lo hace resonar en su vacío? A ninguno de los dos en realidad; sin embargo, podríamos decir que lo comparten los dos. [...] El sujeto y el Otro lo comparten, en tanto vacío. [...] Lo que pone al cuerpo sensible al decir no es el oído, sino más bien la voz como objeto a, como vacío en el que el significante resuena”. Bernard Nominé, “La voz y el superyó”, en *La voz* (Buenos Aires: EOL, 1997), 32-33.

Otra lectura posible es aquella que indica que la voz y la mirada del *croactivo* son demandados por el Otro para llenar las fallas o los vacíos del sistema de vigilancia: ojos, oídos y boca del *sapo* como prolongación de los instrumentos de control.

Todo el material de la campaña, que no ahorró esfuerzos, modos y medios de divulgación<sup>11</sup>, corrobora la afirmación de que el *croactivo* solo es tomado como objeto, pura voz. Por ejemplo, siempre aparecieron las figuras de dos jóvenes que posan en actitud de denuncia con un fondo saturado por la palabra ‘croac’ impresa en caracteres de distinto tamaño. Así las cosas, en la delación la palabra pierde su esencia y la balanza se inclina peligrosamente hacia el lado de la voz: todo lo que emiten los jóvenes de los carteles, para esta figura del Otro no es más que puro y simple *croac*, sustancia de goce.

Hemos insistido mucho en que con la voz la significación se pierde. Esta pérdida no se produce solo por defecto, también por exceso. Como ejemplo del primer caso tenemos el mutismo o las incoherentes cadenas de palabras que aparecen en algunas graves expresiones de locura, retahílas totalmente desprovistas de sentido. Ilustración de la pérdida por exceso es lo que ocurre en la cantaleta: la repetición extenuante de las mismas palabras que pretenden hacer pasar solo un significado, que no quieren dejar ningún vacío y buscan colmar al oyente con ese significado, en los casos extremos terminan por no dejar oír más que la pura voz. Algo similar puede ocurrir en la paranoia, cuando todo significante, cualquiera que sea, remite a una única significación, siempre la misma: “me odian”, “me persiguen”.

## LA VOZ DEL OTRO

Ya nos referimos a la injuria y al santo y seña, que con mecanismos distintos, pero siempre mediante ese exceso de goce, destituyen la palabra, amplifican la voz. En la campaña había una abundancia de significación que determinó su pérdida: tenía un único significado. También, como para el santo y seña, la cuestión aquí era de vida o muerte, ese fue el significado al que todo remitía, vía de introducción del goce. Si bien se pedía que se delatara un amplio espectro de “comportamientos inadecuados”, incluso padres que dejaran sin vacunar a sus hijos o personas que dispusieran mal las basuras, todo esto estuvo cobijado bajo un único y repetitivo enunciado: “sus palabras salvan vidas”. De manera absolutamente reiterativa, en todos los productos de la campaña se insistía en ese eslogan. Pero cuando además leemos la definición que del *croactivo* dio el Alcalde, vemos que esto fue mucho más que un simple eslogan publicitario: “Ser *croactivo* no solamente es romper el silencio. Ser *croactivo*, ante todo, es una actitud. El *croactivo* va más allá de sí mismo, piensa

11. Imagen institucional, vallas publicitarias, comunicado de prensa para todos los medios, volantes y afiches distribuidos en todas las entidades distritales y en centros comerciales, página *web* de *croactividad*, directorios de denuncias de *croactividad*, diseños para paraderos de buses y para el sistema de transporte masivo, cuñas de radio y grabación de mensajes con la voz del alcalde Antanas Mockus, escuchado en los teléfonos de la ciudad. Folletos, canales de información y denuncia para el ejercicio de la *croactividad*, y una cantidad de hojas impresas para que los ciudadanos y las ciudadanas respondieran a la pregunta: “¿conocen casos que deban ser informados a las autoridades competentes [...]?” y otro tanto en el que se pedía al ciudadano: “Recuerde y cuente un caso en el cual usted fue *croactivo* y con su actitud solidaria ayudó a prevenir mediante la información, y esto contribuyó a la protección de la vida, benefició a alguien, aportó a la *croactividad* o reparó en algo a nuestra ciudad”. Además, se distribuyeron 1.500 cartas del Alcalde dirigidas a las “Compañeras y Compañeros de Equipo Distrital” invitándolos a ser *croactivos* y a participar en la campaña.

en los demás, sabe que cada vez que habla es para advertir sobre algún peligro, para prevenir sobre alguna eventualidad, para iluminar con sus palabras la verdad, para insistir en la honestidad”<sup>12</sup>.

El *croac* del *croactivo* participa del mismo funcionamiento de la injuria y el santo y seña: se aspira a que significante y significado se fundan y se tornen pura voz. El *croac* debe tener uno y solo un significado: “sabe que cada vez que habla es para advertir sobre algún peligro”, sus palabras, sean las que sean, “salvan vidas” y siempre están para “iluminar la verdad”, significado librado a este imperativo que bien puede tomar el lugar que Freud aisló como constitutivo del superyó, en el cual subrayó la importancia capital de la voz. Ese mandato no es más que uno: ¡Goza! En consecuencia, las palabras de la denuncia del *croactivo* no le pertenecen. Puesto a escuchar por mandato del Otro, no podrá oír sino lo que el imperativo le exige, la voz del Otro lo habita de antemano y, en efecto, aparecerá en todo lo que mira o escucha, de manera tal que cuando denuncia, creyendo portar su palabra, solo será parlante o amplificador de la voz del Otro que ya lo había invadido.

El imperativo superyóico se suple de los servicios que le presta la voz para exigir irrestricta obediencia, porque, si ella está allí para llenar el vacío del Otro... ¿cómo desoír entonces su mandato? ¿Cómo relativizar al Otro completo? El más obediente es quien más escucha aquella voz, y, dado que “la obediencia forma parte de la *vocación* misma de la muchedumbre”<sup>13</sup>, ese tendrá garantizado el lugar de héroe.

Entonces, la voz, aun cuando muchas veces no lo parezca, es, en el fondo, voz de mando, y no nos extraña ya que esto se haga explícito con un “óigame bien” precediendo a la orden, ni que del héroe o del mártir se diga que “no escuchan razones” cuando de su acto se trata. Si no las escuchan es porque, tomados por la voz, solo a ella atienden y obedecen, nada más puede resonar en ellos.

### UN HÉROE OBJETIVADO

Una expresión más de la presencia de la voz del Otro en la campaña estuvo dada por la forma como, con su propia voz, el Alcalde llenaba en los teléfonos de la ciudad, el silencio que comúnmente oímos antes de que al otro lado de la línea alguien nos responda la llamada; durante esos segundos... él exhortaba a ser *croactivo*. En un documento de distribución masiva en la Alcaldía, hacía elocuentes llamados al heroísmo, es decir, a la obediencia:

el *croactivo* interviene, es la infantería ciudadana, pone el pecho y ante todo la palabra para que todos tomen conciencia, y sabe que a veces, incluso, será mal visto, lo



12. Carta multicopiada y de distribución masiva del Alcalde Mayor de Bogotá D. C. Antanas Mockus, dirigida a las “Compañeras y Compañeros de Equipo Distrital”, mayo del 2003.

13. Michel Poizat, *óp. cit.*, 117.

dejarán a solas (allí radica su valentía) [...] Pero el croactivo toma partido, no se hace el tonto, la indiferencia no es su bandera, antes bien, se dice a sí mismo en cualquier circunstancia de la vida: “aquí estoy yo, en este instante, y pase lo que pase voy a intervenir, voy a hablar, porque sé que mis palabras ayudarán a otros, sé que mis palabras pueden salvar vidas”<sup>14</sup>.

Entonces, aunque sea el ídolo de muchos, el héroe no es una “realización” del sujeto; al contrario, lo que subrayamos más bien es que, si es héroe, es porque de manera ciega y sorda ha sido forzado a ocupar el lugar del objeto. Paradójicamente, es por ser objeto del Otro, por su obediencia, que es objeto de la admiración del grupo. El *sapo*, en general, despreciado en nuestra sociedad, fue, por artificio de la campaña, elevado a la dimensión de héroe en la figura del *croactivo*.

Concentrados solamente en el problema de la voz, no podemos incluir aquí los análisis sobre la manera como también la mirada estuvo implicada en la campaña, sobre el particular manejo de la ley que esta operó, sobre algunos de los rasgos característicos del *sapo* —que lo aproximan a la estructura perversa—, o sobre el problema de si en su denuncia hay o no testimonio, temas de los que nos ocupamos en otro escrito<sup>15</sup>. Sin embargo, es necesario anotar que hubo aquí un intento de desmarcar del lugar de paria, o de librar de la indiferencia o del peso de la amenaza, a la persona que al ser testigo no es capaz de musitar palabra, y queda también de esta manera, a merced del Otro. En estos casos se le exige que “coma callado”, echando así un lazo sobre el sujeto, para que con la boca bien ocupada, no pueda “cantar”, y participe entonces del delito, al menos con su silencio cómplice y a fin de evitar ese triste destino vaticinado en la expresión “los sapos mueren espichados”. El sujeto atrapado en esta situación queda también reducido a la condición de objeto sin muchas posibilidades para escapar de ese particular lazo social cuyos efectos no solo sobre él, sino también sobre el grupo, son nefastos. La campaña realizó un intento por librar al ciudadano de ese fardo, pero lamentablemente cayó en los impases que, por otras vías, la aproximaron a lo que pretendía evitar.

Si esta transmutación del *sapo* en mártir resulta fallida y no hace sino revestir con los ropajes del heroísmo a aquel que ha quedado objetivado<sup>16</sup>, la situación es mucho peor en el caso del programa de recompensas para los informantes dentro de la Política de Seguridad Democrática de la Presidencia de la República. En ella, antes que apelar a los ideales, a la responsabilidad ciudadana, a la solidaridad, o al deber, se acude a la obtención de beneficios económicos, cuando a estos no se les suma además la rebaja de penas. De manera descarnada y obscena es un trueque de objetos lo que

14. Carta multicopiada y de distribución masiva del Alcalde Mayor de Bogotá D. C., Antanas Mockus, *óp. cit.*

15. Mario Figueroa *et ál.*, «Ley y trasgresión. Denuncie: “ipegan a un niño!”». Análisis del material de la campaña de croactividad de la Alcaldía Mayor de Bogotá D. C., en el 2003», (informe de investigación, Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2007).

16. Un hábito ha operado esta transmutación: si la campaña buscaba tranquilizar a los ciudadanos para que se animaran a denunciar, libres ya de los estigmas del *sapo*, lo logra gracias a la acogida que a esta nueva imagen, la del *croactivo*, le brinda el ideal del yo, representado aquí por la glorificación del *croactivo* realizada por el Alcalde. Así se consigue que de manera calmada, sin escándalos ni malestar aparente, el objeto entre en el lugar del Otro para buscar colmar su vacío. “Para ubicar su objeto en el Otro hace falta desconocer la verdad de dicho objeto; aquí está la función de la imagen. En el neurótico el objeto siempre está vestido con la imagen”. Bernard Nominé, *óp. cit.*, 36.

en ella se juega. El delator, reducido a objeto, se entrega como voz en su delación, a cambio de una gruesa suma de dinero.

### ¡DAME UNA MANO!

Quizá el caso más extremo y controvertido, en lo que va corrido de la aplicación de este programa, ha sido el del guerrillero de las FARC, Pedro Pablo Montoya, conocido con el alias *Rojas*. El 6 de marzo del 2008, este individuo se presentó ante las autoridades con la mano derecha de su superior, Manuel de Jesús Muñoz, alias *Iván Ríos*, a quien acababa de dar muerte. Llevaba además la cédula, el pasaporte y el computador de aquel. Una polémica se generó en torno a esta particular situación. ¿Se pagaría o no la recompensa? Se escucharon voces en uno y otro sentido. Las más importantes autoridades del país se pronunciaron con los más diversos argumentos. ¿Se estaría fomentando un programa de asesinatos? ¿Se estaría patrocinando el crimen? ¿Estaríamos ante un retorno de la ley del lejano oeste norteamericano en el que se pagaba por alguien, vivo o muerto? Pero, si el programa decía que se pagaría por información que condujera a la captura... entonces, en este caso, ¿qué hacer? Finalmente, la controversia se cerró el 16 de junio cuando el Ministerio de Defensa comunicó que se pagarían 2.400 millones de pesos, a alias *Rojas* y a otras dos personas, eso sí sin dejar de aclarar que la recompensa se otorgaba por la información y no por el asesinato<sup>17</sup>.

No es este el espacio para introducir las múltiples reflexiones que este hecho suscita, es de la voz de lo que aquí nos ocupamos, y en este caso, de cómo la voz está aquí materializada por la mano amputada a un cadáver en la medida en que esa mano... grita. ¿Habría una expresión más real de la voz? Que alias *Rojas* sea puesto en el lugar del objeto tomado como pura voz, parecería aquí discutible. Se dirá que el objeto en este caso es la mano. Pero reparemos por un momento en que en ese instante, él es la mano. Es ella la que le permite ser recibido por las autoridades. Su palabra, aquella que lo representaría, no tenía ningún valor por sí misma, no diría nada, porque ¿cómo iban los militares de cualquier ejército, de buenas a primeras, a dar crédito a la palabra de su enemigo, en un asunto tan delicado como este? El asesinado, *Iván Ríos*, no era cualquier combatiente, sino uno de los más importantes jefes del grupo guerrillero, intensamente buscado por las autoridades, comandante de un importante frente guerrillero<sup>18</sup> que, en ese momento, se encontraba sitiado por el ejército. Y el asesino, era nada más y nada menos que el jefe de su guardia personal. Obviamente, en este caso no se trataba de un “informante” cualquiera.

Si, como ya lo ilustramos, lo que el Otro valora del *sapo* es su voz, había serias razones para que en este caso esa voz no fuera aceptada por las autoridades militares.

17. En rueda de prensa el ministro de Defensa había respondido: “La normativa que determina la forma de pagar estas recompensas, dice claramente que esas recompensas se pagan por información y otro tipo de colaboración, este individuo nos entregó una información muy valiosa. [...] Esto es como un taxímetro, en la medida en que la información se va evaluando, se va valorando y se va pagando, entonces no es fácil decir, cuándo, ni cuánto, pero pronto comenzaremos a pagarle”. Cfr. Ministerio de Defensa Nacional, “Gobierno pagará recompensa por información entregada por alias *Rojas* y otros 3 informantes”, Ministerio de Defensa Nacional, [http://www.mindefensa.gov.co/index.php?page=181&id=6797&PH\\_PSESSID=8b18118d6fe38464bc460ba63bb031](http://www.mindefensa.gov.co/index.php?page=181&id=6797&PH_PSESSID=8b18118d6fe38464bc460ba63bb031) (consultado mayo 31, 2008).

18. En el momento de su muerte, *Iván Ríos* era el comandante del frente 47 de las FARC, José María Córdoba.

Para hacerla oír, *Rojas* presenta la mano de su superior. Tenía que demostrar que ahora atendía a otra voz, que había cambiado el tributario de su obediencia. Por eso decimos que esa mano está aquí en el lugar de la voz. Es eso, esa mano, la que se hace escuchar allí. Sin ella ¿cómo irían las autoridades a oír algo distinto a la sospecha de una emboscada? Cómo darían crédito a lo que *Rojas* decía, que no admitía sino un significado petrificado: había dado muerte a su jefe.

Pensemos en lo que suscitaría la apertura de un paquete que, al desenvolverlo, mostrara la mano amputada a un cadáver. Esa mano vociferaría, y nuestro grito, o nuestra muda petrificación sería la expresión de la voz de ella. Sería ella la que nos miraría, sería ella la que llenaría todo con su muda voz, que al tiempo, tan ajena, sería la nuestra<sup>19</sup>. No es difícil suponer que también los militares en el instante en que recibieron tal ofrenda, hayan, al menos por unos instantes, quedado mudos; porque “la voz es exactamente lo que no puede decirse. [...] Hay voz por el hecho de que el significante gira en torno del objeto indecible. Y la voz como tal emerge cada vez que el significante se quiebra, para alcanzar este objeto en el horror”<sup>20</sup>. Tal vez por eso, en la larga entrevista que concedió alias *Rojas* a una cadena radial<sup>21</sup>, ante la insistencia del periodista por los pormenores del asesinato, el entrevistado, en todas las oportunidades manifestó que sobre eso no iba a hablar, que guardaba silencio... Me pregunto si ese silencio, lejos de ser producto del pudor, de la necesidad de poner límite a la obscenidad, no era más bien la expresión de que alias *Rojas* no podía hablar, sencillamente porque todo lo llenaba la voz de la mano y del cadáver, que en este caso es esa parte del cuerpo que debía haber sido sacrificada en el lenguaje para poder hablar, pero que aquí, como en toda guerra, constituye el verdadero y macabro tesoro para el Otro. Esta mano no deja hablar. Ahí está ese resto no sacrificable, *nuda vida*<sup>22</sup> (con el que probablemente *Rojas* se identifica), profiriendo su silenciosa y estridente voz; de eso, él no puede hablar... Solo delata.

## BIBLIOGRAFÍA

AGAMBEN, GIORGIO. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida I*. Valencia: Pre-Textos, 2003.

Carta del Alcalde Mayor de Bogotá D. C. Antanas Mockus, a las “Compañeras y Compañeros de Equipo Distrital”, mayo de 2003. Inédita.

FIGUEROA, MARIO, LUISA LARA, JUAN PABLO ARANGUREN & DIANA HUERTAS. “Ley y trasgresión.

Denuncie: «ipegan a un niño!». Análisis del material de la campaña de croactividad de la Alcaldía Mayor de Bogotá D. C. en el 2003”. Informe de investigación, Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 2007.

FREUD, SIGMUND. “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica” (1915).

19. Freud señaló cómo un objeto cualquiera, sin emitir sonido alguno, puede prestarse para que el sujeto le atribuya el sonido de su propia excitación desbordante, de su propio goce, diríamos, de la voz del Otro. Sigmund Freud, “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica” (1915), en *Obras completas*, vol. XIV (Buenos Aires: Amorrortu, 1979), 270.

20. Jacques-Alain Miller, *óp. cit.*, 20.

21. Pedro Pablo Montoya, *Rojas*, entrevistado por Darío Arizmendi, 6 AM. *Hoy por Hoy / Caracol Radio*, marzo 7, 2008.

22. “La vida a quien cualquiera puede dar muerte [impunemente] pero que es a la vez insacrificable”. Giorgio Agamben, *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida I* (Valencia: Pre-Textos, 2003), 18.





En *Obras completas*, vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.

HAENSCH, GÜNTHER & WERNER REINHOLD. "Nuevo diccionario de colombianismos". En *Nuevo diccionario de americanismos*, t. I. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1993.

MILLER, JACQUES-ALAIN. "Jacques Lacan y la voz". En *La voz*. Buenos Aires: Escuela de la Orientación Lacaniana, Colección Orientación Lacaniana, Serie Testimonios y Conferencias, 1997.

MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL. "Gobierno pagará recompensa por información entregada por alias *Rojas* y otros 3 informantes". <http://www.mindefensa.gov.co/index.php?page=181&id=6797&PHPSESSID=8b18118d6fe38464bc460ba63bb031a8> (consultado mayo 31, 2008).

NOMINÉ, BERNARD. "La voz y el superyó". En *La voz*. Buenos Aires: Escuela de la Orientación Lacaniana, Colección Orientación Lacaniana, Serie Testimonios y Conferencias, 1997.

POIZAT, MICHEL. *Vox populi, vox Dei. Voz y poder*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2003.

PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA & MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL. "Política de defensa y seguridad democrática". República de Colombia, 2003. [http://alpha.mindefensa.gov.co/dayTemplates/images/seguridad\\_democratica.pdf](http://alpha.mindefensa.gov.co/dayTemplates/images/seguridad_democratica.pdf) (consultado mayo 31, 2008).

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua española*, 21.<sup>a</sup> ed. Madrid: Espasa Calpe, 1992.